

menor a la del Sahara. Al franquearla, se divisa de inmediato la mole del Cayo tutelar y, a lo lejos, la Sierra de Alcarama, territorio que ha levantado literariamente mi paisano Abel Hernández. Son parajes de una desolación estremecedora, sometidos al azote del cierzo y la emigración, a los que ya pusiera letra Avelino Hernández, especialmente al camino a Veá, uno de tantos pueblos abandonados de la zona, y que fueron fuente de inspiración de Julio Llamazares para su exitosa novela 'La lluvia amarilla'.

Y para mí, tiene un valor sentimental no menos simbólico. Mi madre es natural de Oncala, aldea en cuya iglesia se albergan unos renombrados tapices flamencos, inspirados en cuadros de Rubens –antes de que fueran restaurados, uno de los párrocos, por comodidad, recortó uno de ellos para entrar por la puercecilla de la sacristía sin agachar la cabeza– y que ha abierto hace poco un interesante museo de la trashumancia, en torno a la penosa vida pastoril de antaño –mi madre aún recuerda las casqueras de los trasnochos, especie de filandones sólo femeninos, mientras los maridos o parejas, como animales desterrados, penaban solitarios en los chozos de las fincas extremeñas o andaluzas–. Mi padre es de Ausejo de la Sierra, al otro lado, ya a los pies del puerto, al comienzo de la llanura de Buitrago, que se extiende hacia la capital de la provincia, pueblo más agrícola, de secano, que ganadero.

En la ladera septentrional se tiende la mentada dehesa de Oncala, que cuenta con matas espesas de acebo –siguiendo el hilo de la sierra, hacia Cebollera, se llega, tras una caminata de unas dos horas, al acebal de Garagüeta, uno de los más extensos y abigarrados de Europa– de un verde lustroso, aún más destacado a la luz afilada del invierno, cuando los arbustos relucen desde lejos por el rojo brillante de sus bayas. Los ramos de acebo han sido utilizados tradicionalmente, por este motivo, como adorno navideño y de hecho la poda anual en fajos –trabajo arduo, debido sobre todo a la hoja agresiva de la especie, que supone un escudo contra los animales que pudieran matar las plantas jóvenes– era una actividad comunal, con fines lucrativos, muy arraigada en la zona, y aunque actualmente aún se realiza ha caído, como tantas cosas –lo mismo sucede con el muérdago–, casi en desuso. Pese al cinturón de seguridad que conforman alrededor de los acebos las hojas pinchadas, las vacas que pastan en sus alrededores han conseguido crear verdaderas cuevas con techado vegetal por dentro de los matojos, que utilizan a modo de cuadras, en verano para evitar los calores bochornosos y en invierno para dormir a resguardo de las fuertes heladas. Las formas caprichosas de los troncos que semejan las paredes de estos refugios son hermosísimas.

Junto a los acebos, sueltos, a su aire, seguramente extendidos por los pájaros a través de sus bayas, también rojas pero, en este caso, comestibles, aun siendo muy bastas, harinosas de sabor, a menudo rodeados de zarzales y maleza, crecen los mostajos, mis árboles predilectos. Y en primavera, ya que nos centramos



▲ Fermín Herrero pasea entre los caminos rodeados de nieve en el Puerto de Oncala.

en las especies que producen bayas rojizas, es admirable el esplendor en la floración de las bizcobas y en otoño la disposición de los frutos del pandurillo. Y, luego, la solidez de los rebollares, la levedad de los avellanos, la sazón de los endrinos, la delicadeza floral del biércol...

La ladera meridional se hiende en la dehesa de Estepa de San Juan, pueblo sin abrigo, plantado al cierzo, el más frío que conozco en días de cercera criminal. En la espesura del bosque de sus barranqueras

Junto a los acebos, sueltos, a su aire, crecen los mostajos, mis árboles predilectos

se ocultan malvices y, con suerte, alguna becada, tal vez torcaces desfondadas descansando en su periplo hacia el sur. Por fuera de la alambrada paralela a las paredes a hueso que recorren como cremalleras los quintos, quedan restos, como cicatrices, de la desafortunada fiebre del petróleo que durante los años del desarrollo prendió aquí al tiempo que en la comarca burgalesa de la Lora. Los mayores aún recuerdan a Mr. Haig, al parecer de Ohio, el ingeniero jefe de las estériles pros-

pecciones –sólo salía lodo y con desgana–, levantando nubes de polvo con su enorme carro Dodge y parándose a echar fotos de los aldeanos sudorosos en las labores de la siega, que un buen día murió en la capital a consecuencia de un atracón, bien regado, de matanza.

En general es un paisaje pelado, de paramera, con sólo manchas dispersas de aulaga merinera, exponente de una tierra dura, durísima, sobre todo en invierno. Cuando aún nevaba en

